

DOMINGO SANTOS

El día del Dragón

Una novela, políticamente incorrecta, sobre un futuro muy posible

El descenso a los infiernos de un rico ejecutivo que controla una poderosa multinacional cuyo papel resulta determinante. Un mundo del futuro cercano en el que, de manera larvada, se está fraguando una nueva revolución sociopolítica posiblemente inesperada.

Eugen Kirzner se ve obligado a conocer de primera mano la realidad última de la sociedad tecnológica de finales del siglo XXI, mientras, casi sin quererlo, desentraña la más inesperada conjura. Una conjura que significará el mayor cambio en los viejos mecanismos de poder hasta entonces en activo y que Kirzner conoce tan bien.

Intriga, acción, misterio, nueva tecnología y especulación política en una novela bien construida y que sugiere interesantes reflexiones.

Presentación

Sé que les va a parecer extraño pero, tras más de doscientos títulos en NOVA, este es el título que llevo años queriendo publicar: «una novela de Domingo Santos», el decano de la ciencia ficción española, mi maestro, el maestro de todos en la ciencia ficción que se escribe, traduce y publica en España.

No quiero decir con ello que no esté orgulloso de haber acercado al lector español a los que en su día fueron «nuevos» autores, como Orson Scott Card, Dan Simmons, Neal Stephenson, Connie Willis, Vernor Vinge, Lois McMaster Bujold, Stephen Baxter, Greg Egan, Robert J. Sawyer, Sheri S. Tepper, Michael Flynn, Brandon Sanderson, Jasper Fforde (por citar solo algunos...), y tantos otros que se unen en NOVA a otros nombres ya consagrados en la ciencia ficción mundial. Sin una novela de Santos (y espero que haya más en el futuro cercano) la colección estaba incompleta. Lo creo sinceramente.

Con toda seguridad, Domingo Santos ha sido la personalidad más influyente y decisiva en la ciencia ficción española. Su actividad como escritor, editor, traductor y animador de la ciencia ficción en España ha sido del todo necesaria e imprescindible. Santos puede sentirse orgulloso de haber dejado una impronta indeleble en la manera como el género ha llegado en España a ser lo que es.

Al final de los dorados años sesenta, ante el agotamiento de la vieja colección Nebulae dirigida por el Dr. Miguel Masriera, el triunvirato Santos, Vigily Martínez se atrevió a publicar, tras el ensayo de la malograda revista Anticipación

(1967), esa maravilla llamada Nueva Dimensión (ND, 1968-1982), que tan decisiva ha sido en la ciencia ficción española a la que, en cierta forma, ha configurado y moldeado.

Pero Santos destaca de alguna forma entre esos tres esforzados mosqueteros de la ciencia ficción española por su labor personal como autor de éxito durante los años sesenta y setenta, y por haber proseguido, incluso después de ND, una actividad editorial que, en los años setenta y ochenta, siguió perfilando los gustos del lector español de ciencia ficción desde las colecciones de Acervo, Martínez Roca, Júcar y Orbis, por citar solo algunas de las muchas que han gozado del buen saber hacer editorial de Domingo Santos, a quien debemos también una consolidada labor de traducción.

El problema es que, en las últimas décadas, sus actividades como editor y traductor han eclipsado la que prometía ser una brillante carrera como autor. Antes de que las labores editoriales se impusieran a las del escritor, Santos ha sido un autor prolífico, con más de una veintena de títulos en el género.

Siempre nos quedará su gran y fecunda labor editorial y, sobre todo, la posibilidad de releer obras como GABRIEL (1962), BURBUJA (1965) o esos relatos de METEORITOS (1965), FUTURO IMPERFECTO (1980), NO LEJOS DE LA TIERRA (1986) y tantas otras buenas narraciones. Conviene insistir, una vez más, en que, gracias a la labor editora de Santos, muchos españoles leímos buena ciencia ficción durante tres décadas y aprendimos a forjar nuestro gusto con sus selecciones de títulos. Y, por su obra narrativa, supimos además que la imaginación y la especulación inteligente también estaban, como el NODO, al alcance de todos los españoles. No es poca cosa.

En su faceta de autor, como era del todo inevitable, Santos ha sido traducido a varios idiomas, entre los que se cuentan, además del obvio inglés y el cercano francés, el sueco y el japonés. Su novela más famosa, GABRIEL, tuvo

*diversas reediciones en nuestro país y fue incluida en la prestigiosa colección francesa *Présence du futur*. Domingo Santos ha sido y es, con mucho, el mayor exponente de la ciencia ficción hispana y así se le reconoce en el ámbito internacional.*

Afortunadamente, se le reconoce también en España donde, en la nueva serie de reuniones anuales de los aficionados a la ciencia ficción (Hispacon), que vienen manteniéndose desde 1991, se otorgan los premios Domingo Santos a los mejores relatos presentados a concurso. Un verdadero y justo homenaje al papel que Santos ha desempeñado y desempeña en la ciencia ficción española. Como es también un homenaje a la más famosa de sus novelas el hecho de que se dé el nombre de Gabriel al premio que la Asociación Española de Fantasía y Ciencia Ficción (hoy hay que añadir «terror» al ya largo título...) otorga a la «labor de una vida», señal inequívoca de la gran influencia e importancia de esta novela en la ciencia ficción española.

Por suerte, parece que ahora Santos vuelve a su ocupación primaria de escritor y lo hace con todo el saber acumulado en largos años de edición y traducción. Se ha podido ver en GABRIEL REVISITADO (2006), reescritura de una novela clásica que constituye un hito en la historia de la ciencia ficción que se escribe en España.

Aunque se dice que no es muy elegante autocitarse, puedo asegurar que resulta cómodo y, si mis opiniones no han cambiado, ¿por qué no voy a repetirlas? En el prólogo a la más reciente edición de GABRIEL REVISITADO (2006), yo mismo decía:

Hace unos años, Brian Aldiss reescribió un clásico como FRANKENSTEIN (1818) de Mary Shelley en su FRANKENSTEIN DESENCADENADO (1973). GABRIEL (1962) es el título más clásico de nuestra ciencia ficción, escrito hace ya más de cuatro décadas

por un joven de veintiún años dotado de una prodigiosa intuición y capacidad narrativa. El tiempo ha pasado, la ciencia ficción en España ha crecido precisamente de la mano de la labor como editor y traductor de un Domingo Santos que ha aceptado dejar en segundo plano su gran capacidad creativa como autor en pro de un trabajo encomiable (y que ahora sabemos básico e imprescindible) como «creador» e impulsor de la ciencia ficción española tal y como hoy la entendemos.

Pero editar y traducir, cuando lo hace una mente inteligente y dotada, enseña mucho sobre el propio arte de narrar. Y Santos ha aprendido mucho en estas cuatro décadas, gracias sobre todo a su labor como editor y traductor. Por eso ha creído conveniente ofrecernos el mismo relato, la misma peripecia argumental, redactada de nuevo («revisitada») a la luz de su ya dilatada experiencia en la narrativa de ciencia ficción. Algo de eso ya se pudo percibir en el paso de su primera antología de relatos (METEORITOS, de 1965) a las posteriores (por ejemplo, FUTURO IMPERFECTO, de 1981). Una evolución que iba desde los temas clásicos en un tratamiento narrativo convencional a temas nuevos más centrados en las preocupaciones personales del autor y, eso también, presentados en un envoltorio narrativo mucho más interesante y moderno.

Así ocurre también en este brillante y exitoso experimento que es GABRIEL REVISITADO. Se nos cuentan las mismas peripecias y aventuras de ese prodigioso robot dotado de libre albedrío, en un nuevo envoltorio narrativo que muestra lo mucho que Santos ha aprendido en este arte. GABRIEL REVISITADO, curiosamente, relata lo mismo que el viejo GABRIEL, pero mucho mejor. Ahora se hace referencia a los ordenadores, se citan esas Leyes Funda-

mentales de la Robótica en la formulación clásica asimoviana pero, sobre todo, se mejora la estructura, se llenan los tiempos muertos, se profundiza en las reflexiones que los personajes (y el autor) desean hacer para que «entremos» en la problemática de ese robot inolvidable que, dotado de libre albedrío, es un ser humano.

Puesta al día con los tiempos y con los saberes de su autor, GABRIEL REVISITADO es, a un tiempo, igual y distinta al Gabriel original.

He tenido la oportunidad de leer en paralelo las dos novelas, la antigua y la actual, y les recomiendo que lo hagan si pueden. La simple comparación es un brillante curso de narrativa impartido por un verdadero maestro.

Sorprende constatar cómo un veterano y experto narrador como el Santos actual es capaz de respetar al joven e impetuoso Santos de hace cuatro décadas, al tiempo que lo mejora y hace patente su madurez de hoy. La intuición narrativa se ha convertido en dominio y maestría. Denle gracias a Santos por lo mucho que nos ofrece y lean (relean incluso) la emotiva y filosófica historia de ese robot tan humano llamado Gabriel. Es un consejo fácil: estoy seguro de que me lo agradecerán.

Con este comentario tal vez pocos puedan imaginar que, aunque educadamente escribiera el prólogo que Domingo Santos me pidió, en mi interior me sentía sumamente triste porque GABRIEL REVISITADO no se publicara en NOVA. No lo quisieron los hados, pero debo confesar que me habría encantado ser yo quien apadrinara, en NOVA, ese retorno por la puerta grande del Santos escritor.

No pudo ser, pero inmediatamente pasé al ataque y aquí tienen el resultado: una de las mejores novelas de este

Santos maduro y evolucionado, un autor que ya era bueno hace cuarenta años y que ha mejorado, como el buen vino, con el tiempo y la experiencia.

Había y hay otras opciones y títulos (lo que significa que Santos ha vuelto a escribir en serio, ¡viva!), pero entre el autor y el editor hemos decidido empezar con EL DÍA DEL DRAGÓN, aunque ello no va a ser óbice, cortapisa ni valladar para no atrevernos con otros títulos en un futuro inmediato. Un futuro que, si cuenta con más obras de Santos en NOVA, no va a ser tan imperfecto como auguraba el título de una de las famosas antologías de relatos de Santos, publicada hace ya más de veinticinco años.

Y, sí, el «dragón» del título no alude a uno de los dragones tan habituales en las sagas de fantasía al uso (aunque Santos haya escrito también buena fantasía heroica en la serie de Nomanor). Podríamos decir que es un dragón más bien cultural, ya que EL DÍA DEL DRAGÓN, escrita por el decano de la ciencia ficción española, tampoco es una novela de ciencia ficción al uso: Se trata posiblemente de una obra de especulación política que reúne algunas de las preocupaciones socioecológicas inspiradas por la sociedad moderna de los mejores relatos de FUTURO IMPERFECTO, y las aventuras sin cuento de un protagonista que desempeña un papel central, como ocurría en GABRIEL.

Desde mi primera lectura, la novela me ha recordado la estructura de MERCADERES DEL ESPACIO, de Pohl y Kornbluth, básicamente por el hecho de narrar esa especie de «descenso a los infiernos» del ejecutivo protagonista. Y, como los presentadores del viejo Un, dos, tres..., no puedo «leer» más.

Déjense llevar por la narración de Domingo Santos y contemplen las peripecias de Eugen Kirzner en una sociedad que se parece bastante a la nuestra... Y alégrense conmigo del retorno a la escritura del decano y gran maestro de la ciencia ficción española. No es poca cosa.

Que ustedes lo disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

Parte del capítulo segundo de este libro apareció, en una versión algo distinta, formando parte del relato «Encima de las nubes», publicado originalmente en el número 48 de la revista *Nueva Dimensión* y reeditado en las antologías *Futuro imperfecto* y *No lejos de la Tierra*.

1

Las noticias de la Pantalla Pública eran malas aquel día. En Atlanta, Estados Unidos, el Ku-Klux-Klan había hecho un último y patético intento de reverdecir viejas hegemonías quemando una serie de granjas; el resultado fue el linchamiento de algunos de sus miembros por las mayorías negras. El presidente de Estados Unidos, en una dura alocución televisada, advirtió que no toleraría más desmanes raciales y envió a la guardia nacional, las famosas Panteras Negras, a restablecer el orden en el Sur. El resultado había sido una oleada de violencia y destrucción de la que Atlanta tardaría en recuperarse. El *White Power*, el periódico portavoz de las minorías blancas en Globalnet, había publicado un ácido y demoledor artículo sobre la actitud del presidente, que acababa de iniciar su segundo mandato. ¿Qué podía esperarse, dijo acremente para cerrar el artículo, de alguien que se hacía llamar Solomon Luther King Jones?

En Estocolmo, Suecia, el país de la convivencia y la tolerancia, una bomba había destruido por completo un edificio de apartamentos de doce plantas en el centro mismo de la ciudad, causando ochenta muertos y un número aún indeterminado de heridos y desaparecidos. El edificio estaba habitado por gente de profesiones liberales —abogados, médicos, economistas, arquitectos—, y no se sabía que ninguno de sus ocupantes tuviera implicaciones políticas que pudieran convertirlo en blanco de un atentado. El hecho no había sido reivindicado por ningún grupo. Como tampoco lo habían sido una tercera parte de los demás

atentados y actos terroristas más o menos sangrientos que se habían producido en el mundo aquel día, treinta y tres en total: los reivindicados lo habían sido por organizaciones que iban desde los inevitables integristas islámicos y facciones independentistas radicales, pasando por los extremistas antiglobalización y antisistema, hasta grupos y grupúsculos de lo más variado, a veces con nombres tan peregrinos como el Consorcio para la Protección de los Animales Maltratados.

En Turquía, el nuevo brote de peste roja había obligado a las autoridades a dictar una estricta cuarentena sobre toda la población de la zona este del país. Oficialmente se afirmaba que la situación estaba bajo control, pero la realidad era que podía ocurrir cualquier cosa en cualquier momento. El método empleado para hacer cumplir la cuarentena había sido simplemente cercar toda la zona y disparar de forma indiscriminada y sin contemplaciones contra cualquiera que intentara salir de ella. Las preguntas ya vendrían luego.

Pero la noticia más grave, la más atterradamente impactante, era la caída de Isla Tres. Nadie sabía cómo, pero en plena madrugada, mientras todo el mundo dormía, la Isla había caído a plomo desde sus cuatro mil metros de altura y se había hundido en las aguas del Atlántico, muy cerca del estrecho de Gibraltar. La noticia era todavía confusa. No se preveían supervivientes entre sus más de 300.000 habitantes, algunos de cuyos cuerpos empezaban ya a aparecer flotando sobre las aguas; la mayoría, sin embargo, no serían recuperados nunca, atrapados en las profundidades por la propia masa de la estructura. Se desconocían las causas del accidente. Islands Co., la firma constructora y gestora de las ciento veintiocho Islas (ciento veintisiete ahora) que flotaban esparcidas sobre todo el mundo, había emitido un categórico comunicado, que era casi una proclama de autodefensa, en el que afirmaba que ninguna Isla podía caer, las redundancias de sus sistemas de seguridad eran dema-

siado sofisticadas como para que pudiera ocurrir algo tan grave. Se apuntaba algún tipo de atentado, y eso hacía que todo el asunto adquiriera un tinte doblemente estremeedor. Un equipo de investigadores de la propia Islands Co., en colaboración con la policía internacional, estaba revisando los backups de Isla Tres que se grababan constantemente en la sede central de la compañía y chequeando todos los sistemas de seguridad de las ciento veintisiete Islas restantes, y una flotilla de minisubmarinos de grandes profundidades se preparaba para rescatar las siete cajas negras de la Isla hundida a fin de intentar dilucidar lo sucedido.

La propia Pantalla Pública aseguraba, en un obvio intento de tranquilizar a la gente, que aquel había sido a todas luces un caso aislado, y que era imposible que se repitiera. Pero el problema más grave, pensó Eugen Kirzner III mientras avanzaba de Pantalla Pública en Pantalla Pública hasta el final del primer tramo de su circuito matutino de jogging, no era este. Isla Tres había caído al mar —de hecho, parecía que antes de caer se había desviado deliberadamente de su posición habitual en un intento por no hacerlo sobre tierra firme— porque flotaba sobre la zona del Algarve, en el extremo sur de Portugal. Pero la mayoría de las otras ciento veintisiete Islas que flotaban por encima del ancho y cuasieterno cinturón de nubes que circundaba las zonas templadas septentrionales del planeta, alterando su altitud y su orientación según los dictados de las condiciones meteorológicas, estaban situadas muy tierra adentro. Isla Siete, por ejemplo, la suya, flotaba en la vertical misma de Suiza. ¿Qué catástrofe podía llegar a producirse si caía sobre algún núcleo habitado importante, Berna, Zurich, o incluso la propia Ginebra?

Llegó al final del primer tramo de su circuito de jogging algo más sin aliento que de costumbre, de modo que decidió hacer una pausa para descansar un poco. En la Pantalla Pública más cercana, tras unos breves minutos de publici-

dad institucional, el locutor de asuntos internacionales estaba desgranando el último informe del Nuevo Club de Roma. Las consecuencias del cambio climático se dejaban sentir cada vez con mayor fuerza. La subida del nivel de los mares había anegado grandes zonas costeras en todo el mundo, los tifones, huracanes e inundaciones en todas partes del mundo eran una noticia que ya se había convertido en rutinaria por lo habitual, mientras que, en el otro lado del espectro, la desertización estaba ganándole la mano al planeta. África era ya un continente muerto, en el que solo sobrevivía una estrecha franja costera en Sudáfrica, el estuario del Congo y el delta del Nilo, y algunos países costeros árabes que todavía se aferraban desesperadamente a las dunas de arena para exprimir las últimas gotas del en sus tiempos precioso petróleo; todo lo demás era un interminable desierto de arena, árida sabana y grandes extensiones de lodo reseco. La desertización había continuado hacia arriba por la Península Ibérica —cuya fertilidad estaba limitada ahora a la cornisa cantábrica y los Pirineos—, por el sur de Italia hasta el valle del Po, y por buena parte de la Península Balcánica, de la que solo se salvaba parcialmente Grecia —que siempre había sido un país más bien árido—, gracias a su extensa línea costera. Turquía parecía estar en una zona limítrofe, azotada constantemente por las sequías y al borde de la desertización pero siempre sobreviviendo, aunque sometida a terribles plagas. Y aunque el calentamiento del planeta había hecho que el nivel del Mediterráneo ascendiera más de un metro en los últimos cincuenta años, esto no había hecho nada por paliar su condición de estercolero comunitario.

Y si bien el Midi francés todavía resistía gracias a la relativa protección climática de los Pirineos, el Nuevo Club de Roma daba como máximo ocho años más de vida a los viñedos que en sus tiempos habían hecho famosa la región, a medida que el cinturón de nubes que cubría de forma ca-

si constante la Europa Central fuera retirándose cada vez más hacia el norte.

Todo aquello, por supuesto, no era más que la parte pública de la verdad. Eugen Kirzner lo sabía muy bien, mucho mejor que la mayoría: la poderosa MTT — mejor dicho, una de las muchas sociedades que componían el extenso y variado grupo de empresas que formaban el conglomerado— era la Pantalla Pública, o al menos se encargaba de su gestión. Sabía muy bien que la misión principal de la Pantalla Pública desde su instauración, por encima de su declaración de principios de tener constantemente informada a la población de todos los asuntos de interés, era ser el portavoz oficial de los estamentos públicos comunitarios de la Unión Europea. Y así, las noticias pasaban siempre por un denso filtro oficial. Los cada vez más numerosos atentados de toda índole, por ejemplo: las autoridades sabían muy bien quiénes eran los autores de la mayor parte de ellos, aunque muchas veces obviarán dar a la luz pública esa autoría para no alarmar aún más a la población ni darles a los grupos terroristas la publicidad que buscaban con sus actos. Buena parte de esos atentados eran obra de los amarillos, se dijo Kirzner, y resultaba fácil identificarlos: sus acciones tenían un marchamo característico, una «marca de fábrica» inconfundible. Pero el tema del terrorismo amarillo era tabú en la Pantalla Pública; demasiado delicado, aunque fuera una de las principales preocupaciones de las autoridades.

Y también de las Cinco Madres, por supuesto.

Emprendió el segundo tramo con menos energía de lo habitual. Los amarillos: ellos eran el principal problema. ¿O quizá debería decir la principal amenaza? Porque hacía ya años que se habían colado dentro de casa, y lo peor era que habían sido precisamente ellos, los propios europeos, quienes les habían abierto las puertas de par en par.

Claro que, bien pensado, tampoco había por qué exagerar el peligro. Mientras daba la vuelta a la Rotonda de las